

V.

La casa de Elvira, lo mismo que las demás del gremio, de espaldas á la ley se permiten diversas libertades y transgresiones que resultan siempre en perjuicio inmediato ó mediato de sus clientes. De ahí que expendan bebidas alcohólicas á exagerados precios y que la inspección médica que cada semana han de sufrir sus inquilinas en el hospital municipal de Morelos, la sufran cómoda y tranquilamente en el prostíbulo, de facultativos particulares que á las veces y por lo amplio de la paga "tienen ojos y no ven" lo que ver debieran. De ahí que... una porción de cosas.

Santa, por predilecta del ama,—gracias á las ganancias pingües que le producía,—y porque en los primeros días de huérfana y de expulsada del templo se confinó en su habitación, dejó de sufrir una de las visitas del doctor de confianza y éste no apuntó en la libreta que Santa hallábase "sana". Al cabo de unos ocho días, Santa reapareció en la sala, ligeramente hosca y agresiva de palabra, con momentáneas ausencias de pensamiento, pero como resuelta á apurar de una buena vez los agridulces dejos de su carrera triste, según se entregaba á hombres y á copas.

—¡Santita, despacio!—decíale Hipólito,—que si tropieza Ud. y cae, va á dolerle mucho la caída.

—¡Si me caigo!... ¡Si me caigo!... ¿y qué más caída me quiere Ud., Hipo?

—No se enfade Ud., Santita. Siga Ud., pues, y que viva la Pepa.

Siguió la cosa, en *crescendo*, que sobrabanle arrestos á la muchacha y las ocasiones no escaseaban ¡qué iban á escasear! Creeríase que de improviso y por íntimas causas determinantes, lo poquísimo que de bueno conservaba y que se traducía en determinadas repugnancias por esto y por aquello; en ciertas predilecciones y unas cuantas delicadezas que sobrenadaban de su naufragio de cuerpo y de su agonía de alma, se fuera muriendo á gran priesa, y Santa, con más priesa todavía, lo enterrara bien hondo, en profundas huesas insaciables, huesas de desesperanza y desencanto, para evitar la putrefacción de tanto cadáver de ilusiones, purezas é ideales. ¿Qué había de hacer sino enterrarlos, ya que eran muertos y no podía llevarlos á cuestras, ni siquiera esconderlos dentro de su cuerpo lleno de vida y á proporcionar placer sentenciado? Lo que le explicaba á Hipólito, dueño ya por entero de sus confidencias:

—Si parece que me empujan y me obligan á hacer todo lo que hago; como si yo fuese una piedra y alguien más fuerte que yo me hubiera lanzado con el pie desde lo alto de una barranca ¡ni quien me detenga! aquí reboto, allá me parto, y sólo Dios sabe cómo llegaré al fondo del precipicio, si es que llego... ¿Y sabe Ud. por qué me

comparo á una piedra?... Porque yo muchas veces, cuando criatura, las lanzaba así, en el Pedregal; y me causaba pena no poder detenerlas, verlas tan chiquitas golpeándose contra peñas grandes, con puntas de lanza y filo de cuchillos, que las volteaban, les quitaban pedazos, sin que ellas lograran detenerse ni las raíces de los árboles, sus hojas ó sus ramas las defendieran, no, continuaban cayendo, cayendo, más pequeñas y destrozadas mientras más caían, hasta que invisibles,—y eso que me asomaba por descubrirlas, agarrándome á algo sólido—no más dejaban oír un sonido muy amortiguado, el de los golpes que se darían allá abajo... Luego, también me comparo á una piedra, porque de piedra nos quisiera el público, sin sentimientos ni nada, y de piedra se necesita ser para el oficio y para aguantar insultos y desprecios... ¡ya vió Ud. lo que me sucedió en la iglesia!

—Ud. disimule, Santita, pero eso de la iglesia ya le dije á Ud. que había sido una injusticia... ¡qué barbaridad!... y si no fuera porque de veras el oficio de Ud. está muy mal mirado, yo le aconsejaría que se quejara ¡caray! pues no así como así lo puede echar á uno un sacristán... pero ni un obispo, ya se ve que no—declaraba Hipólito, no muy seguro de lo que aseveraba.—Mas de lo de la iglesia no se infiere ni es menester que Ud. haya de suicidarse como está Ud. suicidándose... porque, Santita, convéznase Ud., la vida será todo lo fea y amarga que se quiera, pero ni conocemos otra ni retoña la condenada... calcule Ud. cómo será, que yo que soy ciego la defiéndolo... Refrene Ud. sus bríos,—agregó muy turba-

do y encaminándose al piano con objeto de ocultar su turbación,—¿quién respondería de que no esté Ud. llamada á labrar todavía la dicha de un hombre que necesite de Ud. para ser dichoso?...

Santa se puso seria, porque al propio tiempo que entendió la discreta alusión del pobre músico ¡ay! entendió asimismo que ni asomos de amor nutría por él, ni pizca. Moralmente, nutría estimación amasada con su poquito de piedad sin interés carnal y su bastante de gratitud; físicamente, casi repugnancia, con más, miedo á sus ojos sin iris, de estatua de bronce sin pátina.

En cambio Rubio, el de la propuesta de apartado amancebamiento, érale simpático al extremo, pues operábase en Santa—aunque no se diese cuenta de ello—el naturalísimo deslumbramiento que ejerce en ánimo de plebeyo origen el calcularse igual al antiguo señor respetado y quimérico que, á la larga, desgastado por los años y por los vicios baja en sus pósteros al nivel del antiguo vasallo; y como no resta de este vasallaje y de aquel señorío más que el deseo eterno y santo, generador de mundos, él es el encargado de arrojar al uno en brazos del otro, obligándolos á olvidarse de vejezes y distancias, bajo la condición dulcísima de un total acercamiento de juventudes. Rubio, por callados sinsabores conyugales sin menoscabo de honra, cuestión de genio de la esposa, sola dueña del fortuna que gastaba el matrimonio,—así hablaron los del Sport Club al ser inteligentemente interrogados por Santa,—Rubio persistía en la propuesta, insistente, encaprichado; padeciendo, por otra parte, de enfermedad de carne y de costum-

bre, conocida de todos los masculinos: no apreciaba á Santa, no la amaba siquiera, habiase acostumbrado á ella.

Santa no lo desahuciaba ¡qué disparate! pedía-le largas, unos meses de mutua prueba; cual si de su lado cupiese alguna satisfactoria, llevando la existencia que llevaba.

Por lo que al "Jarameño" respecta, — ay! ahí le dolía, — el problema continuaba insoluto, negándosele Santa y enardecido él. Ya no suplicaba ni preguntaba *cuándo*, había variado de táctica; ahora trataba de hallarse junto á Santa lo más posible, y acicateado por anhelos casi animales, por apetitos insaciados, dióse á frecuentar el burdel á todas horas, á cortejar á las guapas de la casa, con quienes hasta dormía sin tocarlas, para ver de despertar en Santa un conato de despecho.

¡Con qué punzante interés presenciaba Hipólito, á distancia, esta lucha de amor! Con cuánta anticipación previó, á pesar de su ceguera de ojos, que no sólo Santa se entregaría al torero sino que habría de adorarlo tanto, tanto, que con la mitad, con la centésima parte de la idolatría que adivinaba latente en la muchacha, él hubiérase reputado millonario de dicha. Porque ya si que no cabía duda, quería á Santa con sus cuatro sentidos, con su entero corazón y con su entero cuerpo desgraciado. Y sufría horrorosamente, pues aunque no se conociera, sabía se feo, repugnante, sin atractivos; los harapos humanos, malamente llamados mujeres, con los que había desfogado su vicioso temperamento de fauno en continuo celo, no podían menos que confesárselo

en los momentos supremos del espasmo, asustadas de él:

— "¡Qué feo eres, Hipo, qué feo!..."

E Hipólito se acostumbró al dictado, formóse con él una especie de coraza por la que resbalaban sin herirlo las carcajadas y denuestos con que por lo general acogían sus cínicas declaraciones amorosas las hembras de algunos puntos que el ciego perseguía y que las más de las veces, andando el tiempo, venían á ser suyas — ¡son las mujeres tan caprichosas! Pero Santa antojábasele diferente, de pasta distinta no obstante su género de vivir; reputábala inasible y domiciliada en regiones quiméricas de bienaventuranza y ensueño. Para mayor sarcasmo, presenciaba que pertenecía de bonísimo grado al mundo entero; que por un puñado de monedas ricos y pobres adueñábanse de ella; sabía que sus brazos, — entre los que él se moriría de deleite exquisito sin exigirles otra cosa sino que lo apretaran y apretaran hasta expirar en ellos después de gustar esa lenta agonía incomparable, — abriábase para el primer venido y lo apretaban y acariciaban, casi en su presencia! A los principios de la pasión en que hoy se consumía, no aquilató el malestar que de él apoderábase en cuanto Santa partía de la sala acompañada de un alquilador cualquiera que, probablemente, ni apreciaría el tesoro que se le entregaba. Si chocábale quedarse desagradado y pensativo junto á su piano, mientras arriba, en el cuarto, se realizaba íntegro el programa brutal y nauseabundo de los acoplamientos sin cariño, que él conocía de coro por haberlos practicado y

oidolos relatar con menudencias y detalles tantísimas veces... El tal programa, Hipólito lo delectaba en su mente, á su pesar seguía paso á paso y fase á fase, padeciendo lo indecible cuando conforme á sus cálculos de veterano en la materia, el final se aproximaría...

—“Ahora se desnuda ella!...” —seguía pensando. Y de sólo pensarlo, se estremecía en su banquillo, cual si agua helada le escurriese por la médula, y sus horribles ojos blanquizcos, sus ojos sin iris y sin esperanza de poder admirar jamás esa desnudez magnífica, sobre la que galopaban desbocados todos los apetitos, enfurecidas y dementes todas las concupiscencias, sus ojos de estatua se cerraban muy apretados, como si la soberana desnudez de Santa tuviera el privilegio prodigioso de deslumbrar y herir hasta los ojos de los ciegos...!

No tocaba entonces—aquello no era tocar,— con movimientos tetánicos hacía que las notas aullaran y maldijeran, improvisando arpegios enlazados que resultaban danzas de un extraño sabor, que quizá subirían al cuarto excomulgado á arrullar á la pareja en los desfallecimientos mudos de la carne satisfecha. Y al bajar Santa, al escucharla reír y charlar con compañeras y visitas ¡con él mismo! sin dar la mínima importancia á lo hecho,—que de repetirlo transmútase en insubstancial é insignificante,—acometían á Hipólito serias tentaciones de estrangularla, de causarle grave daño, así á él le pegaran cinco tiros ó lo partiera un rayo.

Por fortuna, pasábale pronto el arrechucho, y vuelto á sus casillas, reñíase, se prometía no

reincidir, disimular á cualquier costa un amor que, ya en frío, no vacilaba en bautizar de locura. Mas sus arrepentimientos desvanecíanse en breve, á diferencia de la espina, que se le clavaba más adentro cada día. Vez hubo en que considerara su conflicto sentimental desde opuesto punto de vista ¡qué demonios! en definitiva Santa no era manjar de dioses ni monja clarisa ¿por qué no había de probar fortuna presentándose al igual de los favorecidos, con sus dineros constantes y sonantes, á comprar una mercancía que se hallaba de venta y á la disposición del mejor postor? No digo yo el precio de una tarifa, el de mil tarifas le daría,—que Hipólito á fuer de buen pobretón no carecía de ahorros,—con tal de curarse de aquel desasosiego que lo traía á mal traer y sin trazas de disminuirse. ¿No era la mayor de las ridiculeces en sus años, con su fealdad y su pobreza, con su mundo y experiencia sobre todo, prendarse de una mujer de estas y exponerse á perder la casa, la clientela, acarreándose por añadidura merecidísima silba de “dueñas,” “encargadas” y “pupilas“?... No daba paso á formular su propuesta; no hallaba palabras adecuadas; su discurso resultábale de antemano ó demasiado casto ó demasiado libre; y eso que se preciaba de conocedor en el ramo,—fácil de suyo,—de conquistar fortalezas que, al igual de Santa, pidiendo están que las conquisten. Una tarde, hasta llegó á guardarse veinte pesos para ofrecerlos á la chica y alcanzar con paga tan fuera de lo común lo que indudablemente valía menos para los otros, los que no espantaban por su fealdad; él daría más, á modo de compensa-

ción, con objeto de que las repugnancias que despertara se atenuasen con el desprendimiento. Hizose guiar de Genaro, asombrado de la excursión á hora inusitada:

—¿De veras vamos á la casa de doña Elvira?...

—¿Qué te asombra? Tengo que arreglar un negocio importantísimo.

Mas al encontrarse frente á la puerta; al preguntar Genaro si llamaba, Hipólito titubeó, reflexionando, y de oír ruido de pasos en el interior, viró á toda vela, á rastras obligó á su lazarillo á caminar para atrás unas cuantas varas.

—No, no, ahora no conviene; llévame á sentar á la banca de afuera para que supongan los que nos vean que estamos aguardando los trenes... aprisa, bruto! que si abren nos pescan... mira si hay gente en los balcones... ¿no?... mejor, hombre, mejor...

Sentados ya, de espaldas á la casa y medio encubiertos por los troncos y ramas del jardín, respiró Hipólito desahogadamente, encendió un cigarro, y por la millonésima vez de poco tiempo acá, sujetó á Genaro á un interrogatorio que formulaba á diario, pesando las respuestas del granuja, llenas de donaire y no exentas de colorido picaresco.

—Genarillo, hijo, vas á explicarme cómo es Santita ¿eh?...

—¿Otra vez, don Hipólito?—exclamó Genaro, que á la sazón, con uno de sus piés descalzos dibujaba en la arena letras y signos.—Pues Santita es preciosa, don Hipólito—principió el tuno sin prestar gran atención, por lo pronto, al retrato hablado. Imagínese usted una mujer como

dos dedos ó cuatro... no, como dos dedos más grande que usted, y maciza... ¿cómo le diría yo á usted?... maciza como una *estuátua* de esas del "Zócalo", que no lastimara al apretarla uno...

—¿La has apretado tú acaso, sin vergüenza?

—Adios! apretarla, apretarla, claro que nó! pero pa las veces que esperándolo yo á usted en el patio y saliendo ella con otro señor, me ha apachurrado contra la pared, *aldrede*, sabiendo que soy yo y riéndose de mi sofocación!... Ya usted sabe que conmigo es muy retbuena; siempre me guarda un *taco* de comida, y los sábados me afloja mi pesetilla... dice que es pa que me bañe, porque siempre ando muy sucio ¡usted verá!... que me merque unas ropitas y andaré más limpio que un jabón de la Puebla... Y en el Tivoli ¿qué tal? ¿no me manda dar pasteles ó de esas rebanadas de pan con carne, que les dicen...?

—¿A mí que me importa todo lo que me charlas como una cotorra? Te digo que me cuentes cómo es, pero bien contado, empezando por su pelo y acabando por sus piés... anda, Genarillo, anda, íbamos en que es muy maciza y muy alta, sigue... considera que tú la ves noche á noche y que yo no he de verla nunca!... pintamela de palabra, facción por facción, hablándome despacio, hasta que yo comprenda y me la figure, como si le hablaras á una criatura... ¡qué digo criatura, si casi todas las criaturas ven!... como hay que hablarle á un ciego. ¿Cuántas cosas no me has enseñado á conocer?... pues así, hombre, así... no me salgas con que esto lo tiene de este color y aquello de este otro, porque yo no en-

tiendo de colores... ó mira, píntala tú á tu modo, nada le hace, y yo la entenderé al mio... anda!... ¿conque el pelo?...

—Pues el pelo,...—comenzó Genaro, serio ya, buscando imágenes en su paupérrimo léxico callejero que despertaran en su amo una comprensividad especial,—su pelo es del color de lo que usted que no ve nada ha de ver con sus ojos, quiero decir, negro, negrisimo, del color que yo veo si me aprieto los míos... sí... sí... así es (*insistiendo después de apretarse sus ojos con los dedos*). Cuando lo *tray* suelto, los días de baño, que me parece á mí que son todos los de la semana, lo menos le da más abajo de la cintura... seguro, como una cuarta más abajo, y es tanto don Hipólito, que le cubre los dos pulmones, se le viene pa delante y tiene que estar echándoselo pa tras con sus dos manos... pero el maldito no se deja, le tapa las orejas, se le amontona en los hombros, le hace cosquillas en el pescuezo... el aire, se lo vuela hasta los ojos y los labios, ó se lo enmaraña, y ella se amohina, sacude la cabeza... entonces ¡válgame Dios, patrón! le *cay* á modo de manto, de esos que las "rotas" ricas llevan al *tíatro*, esos de puritita seda que con la luz *eléitrica* relumbran como si fueran charcos de tinta, y que ellas se recogen con los guantes, al *apiarse* de sus coches, pa que ni el aire de la calle se los maltrate...

—¿Así es su pelo?...—prorrumpió Hipólito, meditando.—¿Y su cara, cómo es su cara? A que no sabes decírmela...

—¿Que no sé? ¡No digo! Vea Ud., patrón, su cara... pues su cara es muy linda cuando está

seria; se parece, al pronto, á la de las vírgenes y las santas de las iglesias... espérese Ud., don Hipólito, espérese Ud., que Ud. no sabe cómo son... cuando está seria... ¡qué jijo, no le hallo el modo!... cuando está seria... pues cuando está seria ¡caracho! calcúlese Ud. que en lugar de pellejo se la hicieron de duraznos, pero de duraznos melocotones, los que tienen en su cáscara que huele á bueno, una pelusa finita, finita, que de tentarla namás se le hace á uno agua la boca por comérselos... ¿á que ora sí me entendió usted?... Ora, cuando se ríe, se le hacen hoyos en los cachetes y en la barba, como del vuelo de una lenteja cruda; y de los ojos, yo creo que le sale luz igualita á la del sol... bueno, no tanta ni tan fuerte ¡qué tonto soy! parecida á la del sol, eso sí, muy parecida, porque lo alegra todo y todo lo anima, hasta á mí que soy chico y destrozado y que nunca entro en la sala... me llega la luz á mi rincón y en mi rincón me alegra, y hasta los chiflones que se cuelan por el zaguán, el sereno que de las nubes baja al patio y que me hace temblar de frío noche á noche, me hacen los mandados si ella mira pa donde estoy, con el puro pedacito de su mirada que me toca á mí y que guardo hartó rato, cerrando mis ojos pa que se me vaya hondo... me acurruco entonces, clavo la cabeza en mis rodillas y me duermo muy á gusto, hasta que Ud., cuando acaba en el piano, va á despertarme con su bastón...

—¿Así son sus ojos?...—de nuevo preguntó Hipólito, más meditando todavía,—si son así, mirando con indiferencia ¿qué serán cuando miren con cariño, Genaro?...

—¡Hújule, patrón, sépalo Dios! Santita tiene ojos de venada, negros también y como almen-dras, pero, si los viera Ud!...

—Volvería á cegar—declaró Hipólito, pro-fético.

—¿Tanto la quiere Ud., patrón?—inquirió Ge-naro, serio, y atreviéndose por la primera vez á deslindar situaciones, por más que con sus mali-cias de granuja abandonado, con sus picardías de niño que no ha tenido infancia, de azotaca-lles sin padres ni pudores, há tiempo que la pa-sión del ciego érale conocidísima.

Dobló Hipólito su cabeza, sobre el pecho, y por toda respuesta á la concreta pregunta de su lazarillo, encogióse de hombros por no poder medir la intensidad de su amor; cual se encoge-ria de hombros el marinero á quien pidiesen el número de todas las olas ó el astrónomo á quien pidiesen el de todas las estrellas. Y abrió sus brazos, desmesuradamente.

En estas, el silbato de vapor de la tintorería francesa lanzó á los aires en recta columna de humo blanco, su pitazo angustioso y agudísimo; y los operarios de ésta y de los demás talleres de la calle trabajadora durante el día, recogién-dose las blusas azulosas y mugrientas, encen-diendo el cigarillo con sus manos percutidas, empezaron á salir y á obstruir la acera mientras se despedían con palabrotas, los serios, y los vi-ciosos, de bracero, enderezaban sus pasos ya no á "Los Reyes Magos", cerrados hacia una hora, sino á las vinaterías y cantinas baratas, á los fi-gones; los serios, á sus distantes hogares humil-des; serios y viciosos, lentos y fatigados, fatiga-

dos del día, de la semana y del mes, fatigados de los años y fatigados de su vida.

Ni á Genaro ni á Hipólito, en su ociosidad y pena, les importaba nada el desfile de obreros cansados ni el éxodo de la tarde, más cansada aún, que desmayada y cárdena se debatía por tramontar los cerros y colinas en el poniente del valle. ¡No se habían fijado cuando á las cinco en punto, la escuela municipal abrió sus presas é inundó la calle de chiquillos!...

—Háblame de su cuerpo, Genaro,—murmuró Hipólito sin alzar su rostro, al cabo del prolongado silencio de ambos,—¿cómo es?...

Aproximóse Genaro á Hipólito, porque algu-nas parejas de obreros y criadas quizás,—en la penumbra distinguía el muchacho cestas y pan-talones de tela azul,—iban sentándose en el mis-mo banco, muy juntos, proponiendo el hombre cosas interesantes, según de sus ademanes se colegía, y la mujer reacia, diciendo: "no", "no", por sola contestación verbal, en tanto que aquie-taba las curiosas manos del galán con reconven-ciones monosilábicas y fingidos alejamientos. Bajó la voz Genaro, á reserva de elevarla á cada dos ó tres minutos, en que las "corridas" de tran-vias repletos é iluminados, de la Plaza de Armas salidos, pasaban rozando casi los bordes de la acera del jardín.

—Su cuerpo sí que no lo conozco pa decirle á su mercé cómo es... Cuando se viste de *catrina* y que se va por *ai*, al *tiatro* ó á cenar con los "rotos" esos del *clú*, la veo más alta ¡palabra! como si creciera un jeme de los míos... tiente usted! (*acercándole su mano abierta*.) la cintura